



EL CULTIBERIO

Una música `Viamagnífica` Por Incitatus

14 de abril de 2004

La Semana Santa, ustedes lo saben tan bien como yo, es un acontecimiento eminentemente musical. No lo digo sólo por los cornetazos y aporreos tamborilescos de las procesiones, que suelen ser horrorosos. Es que hay que ser muy hábil para librarse, en estas fechas tan señaladas, del bellissimo pero difícilísimo Officium Hebdomadae Sanctae, de Tomás Luis de Victoria, perpetrado sin misericordia por cualquier coro parroquial, o del mucho más fácil Réquiem de Fauré que ejecuta, por lo general despiadada y sumarísimamente, la primera coral a la cual la subvención de la Diputación provincial le permite pagarse una orquestita apenas decente. Pobre Victoria, pobre Fauré, pobre Mozart con su Réquiem archirrepetido, y casi siempre tan mediocremente.

Claro que hay conciertos impresionantes, cómo no. Yo quisiera hablarles hoy de la Misa en Si menor, de Johann Sebastian Bach, que pude oír la otra noche en la negra y solemne soledad de la Semana de Música Religiosa de Cuenca, con John Elliot Gardiner a la batuta y nada menos que Jordi Savall en la viola de gamba. Costará trabajo olvidar aquello: mi amigo Luis Suñén y yo estábamos transidos, con los pelos de punta, hubiéramos profesado allí mismo como novicios en donde nos hubiesen mandado. O quisiera contarles cómo no pude contener las lágrimas en el magnífico Réquiem de Verdi que se hizo hace unos días en Madrid, en memoria de las víctimas sacrificadas a no se sabe qué terrible e indigno dios, y en nombre de yo no sé qué dislocada e inhumana interpretación de la religión, en la mañana del 11 de marzo.

Pero prefiero contarles algo más inmediato. Y más útil. Y más admirable. Su laborioso Incitatus se va a meter en el cuerpo media docena de conciertos semanasanteriles del más diverso pelaje y va a cantar, derecho como un recluta, caladas las gafitas de leer, enhiesta la tripa, apasionado el gesto y ya bastante cascada la voz, los Oficios religiosos en la Catedral de León, como el año pasado, y el otro, y el otro. Pero este 2004 quedará señalado en mi memoria por un concierto inolvidable, espléndido, heroico, casi quijotesco. Aquel al que acudimos, atónitos e incrédulos, mi hijo Carlos y yo en la tarde del 3 de abril, sábado, en el Teatro Monumental de Madrid. Era nada menos que Ein Deutsches Réquiem, el tremendo "Requiem alemán" de Johannes Brahms. Una de las más altas y nobles cumbres de la música de todos los tiempos y, como dijo mi hermano Óscar (voz de bajo primero en nuestro coro) hace algunos años, "una de las cosas más cabronas que he tenido que cantar en mi vida". Tenía razón. Es difícilísimo. Para atreverse con esa partitura hay que tener, musicalmente hablando, la mili hecha en La Legión.

El coro Via Magna tocó el mismísimo cielo con esa interpretación. Fue impresionante. Se lo juro. Impresionante. A un perro viejo como yo, que conoce la partitura porque la ha cantado media docena de veces, se le erizaban los vellos de los brazos, se le quedaba el aire corto en la garganta, se le llenaban los ojos de lágrimas. Dios. Qué coro, ¡qué coro! ¡Qué envidia! ¡Qué emoción oírles! ¡Qué voces! Y, sobre todo, ¡qué extenuante trabajo!

Ustedes quizá no conozcan al Via Magna. No tendría nada de extraño. Es un coro semiprofesional, sin ayudas, sin subvenciones, sin oxígeno institucional. No hay funcionarios musicales ahí, como los hay en tantas orquestas y en tantos coros. No hay chupópteros. No tienen detrás ninguna pródiga Diputación provincial ni ningún primo segundo bien situado en el Ministerio de Cultura que les gestione pelas. Se han tirado al mundo musical sin red, sin perro que les ladre y sobre todo sin miedo. No tienen miedo porque saben que son buenos. Muy buenos. Este impresionante concierto del Deutsches Réquiem se lo pagaron ellos. Consiguieron el local, los técnicos, imprimieron el programa y se pusieron como locos, todos ellos, a vender entradas, entre diez y trece euros, a amigos, familiares y compañeros de trabajo, como si fuesen los alumnos de Quinto de la Facultad de Químicas que tratan de pagarse su viaje de fin de carrera. Aquella tarde, ni uno solo de los más de dos mil espectadores que prácticamente llenaron el Monumental había dejado de pagar su entrada. Ni uno. Porque todos sabíamos que de nuestros trece euros dependía el que siga vivo, o no, uno de los conjuntos musicales más ilusionantes de Madrid. Y es que hay que ver cómo cantan estos puñeteros, estos cronopios. ¡Cómo cantan!

Su director, el argentino Óscar Gershensohn, estaba muy nervioso antes de empezar. Sus grandes bigotes y sus rizos bisbalescos temblaban cuando se puso a hablar largamente al público (mal síntoma, pensé: la música se tiene que defender sola) y acabó pidiendo un solemne minuto de silencio por las víctimas de los crímenes del 11-M. Todos nos pusimos en pie. Luego empezó la música y yo tragué saliva, porque el Deutsches Réquiem comienza con una lóbrega entrada de contrabajos, violoncelos y violas, y aquellas violas sonaban como un saco de gatos: qué horror. Pero inmediatamente entró el coro, “Selig sind, die da Leid tragen”, bienaventurados los que lloran, y el sosiego volvió a la sala. La orquesta Via Magna está hecha de estudiantes, de gente animosa que va y viene, con notabilísimos refuerzos. Su largo trabajo es muy estimable, pero su sonido no. El concertino Bernard Bessone, la mayor parte de las maderas, también buena parte del metal (ay, esas entradas sucísimas de los trombones) y sobre todo el impresionante percusionista, el timbalero del alma, timbalero, Dionisio Villalba, sobre cuyas espaldas cae un grandísimo peso del Deutsches, sacaron adelante con enorme esfuerzo el sonido orquestal.

Pero es que el coro es la gloria misma. El celeberrimo número dos, “Denn alles Fleisch ist wie Gras”, “Pues toda carne es como hierba”, la parte más conocida de la obra, ha de cantarse con cuatro ánimos de estado distintos, cada uno en su repetición. Dos veces en mezzo piano y dos veces en forte. Pero sin gritar nunca. Y las cuatro veces de forma diversa. Lo lograron. Vaya que si lo lograron. El Via Magna es un instrumento musical que, a base de trabajo, de esfuerzo, de ensayos y de amor a la música, se acerca bastante a la perfección. No exagero. Tengo delante el disco que grabó Lorin Maazel en 1976, con la orquesta y el coro de la New Philharmonia. Es una versión canónica, una de las grandes, de las de referencia. Pues qué quieren que les diga: me gusta más lo que hicieron Gershensohn y sus indomables muchachos.

Miren ustedes: Brahms era, aparte de un espléndido compositor, un pedazo de cabrón que, con toda certeza, odiaba al coro. Lo mismo que Beethoven. Sobre todo a tenores y sopranos. Yo estoy convencido de esto desde hace muchos años, y sé de qué hablo porque lo he tenido que cantar. Brahms ha escrito inestimables páginas de

música coral, bellísimas, resplandecientes, como aquel "Fest und Gedenkspruche". O los emocionantes lieder para coro y piano, de entre los cuales yo jamás olvidaré el terrorífico (para tenor) Liebe Schwalbe, "querida golondrina". Vale. Pero al coro, en el fondo de su alma, lo odiaba, ese viejo barbón cervecero. Obliga a los coralistas a hacer barbaridades vocales que sólo se explican por un trauma infantil no resuelto, un amor frustrado o algo por el estilo. Nadie es tan canalla con el coro como Brahms o Beethoven. Ni siquiera Orff con sus terribles Carmina Burana, que ya es decir. Cuento todo esto para explicar que hay que tener delante un coro de primerísima magnitud para abordar esta partitura feroz. Y salir vivo del empeño. El Via Magna es un instrumento musical envidiable, de increíble ductilidad, que sabe ser un volcán irrefrenable en el "Denn alles Fleisch" lo mismo que sabe ser una oscura cortina de agua, una sombra, un manto sonoro y contenido cuando el barítono (Andrés del Pino, hermosa pero corta voz) abordaba el "Herr, lehre doch mich" (Hazme saber, Señor...).

El Via Magna, coro aún joven pero excepcionalmente dirigido por el personal, apasionado y heterodoxo Gershensohn, es un coro que parece hecho, al menos en escena, de blanda plastilina. Tienen los cien ojos puestos en el director, son obedientes a su menor movimiento. Gersehnsohn sabe que con ellos no tendrá nunca problemas. Un solo gesto de una ceja, una sola indicación del dedo meñique y todo el coro, unánime como un cardumen de peces, virará, cambiará de matiz, hará lo que le digan. Y lo hará con una preparación técnica y vocal envidiable.

No puedo callar esto. Es el número final, el "Selig sind die Toten" (Bienaventurados sean los muertos), cuando, en una atmósfera de profunda reconciliación y consuelo, el hideputa de Brahms deja solas, al aire, sin ayuda del coro y en frases terriblemente difíciles de cantar, de afinar y de empastar, primero a tenores y luego a contraltos. Hala, sin red. Y eso al final de la obra, cuando el cantor está que se cae. Eso no se hace, señor Brahms. Eso no tiene nombre. Eso es una canallada miserable digna de ser llevada ante el Tribunal de La Haya, que ya lo sé, no existía cuando usted murió ni existe de verdad ahora. Pues se va a joder usted, señor Brahms, porque las cuerdas a solas del Via Magna pueden con eso y con más. No me atrevería a decir cuál de las cuatro es mejor. Como tenor que fui, me arrebató la afinación y sobre todo el perfecto, difícilísimo empaste de los tenores, pero las otras tres cuerdas, lo reconozco, lo hacían igual de bien.

Anoten ustedes ese nombre: Via Magna. Ya les hablé alguna vez de ese coro, y muy entusiasmado (aquello de Bach, hace unos meses), pero desde luego no estaba entonces ante un milagro resplandeciente como el de esta última tarde con lo más difícil del cabroncete de Brahms. Háganme caso, no olviden ese nombre. Estamos ante algo que se produce muy pocas veces: la pasión, la calidad, la iniciativa, la tozudez y el irrefrenable entusiasmo de quienes se van a comer el mundo en este nuevo siglo. Porque no hacen lo que hacen para entretener su ocio, como tantos. O para ganar dinero. Los cronopios de Via Magna están en esto porque les apasiona la música. Eso no se puede decir, hoy, de casi nadie. Pero sí de ellos. Es por ahí, por su senda. Por ahí van los tiros. Por ahí se va al futuro.